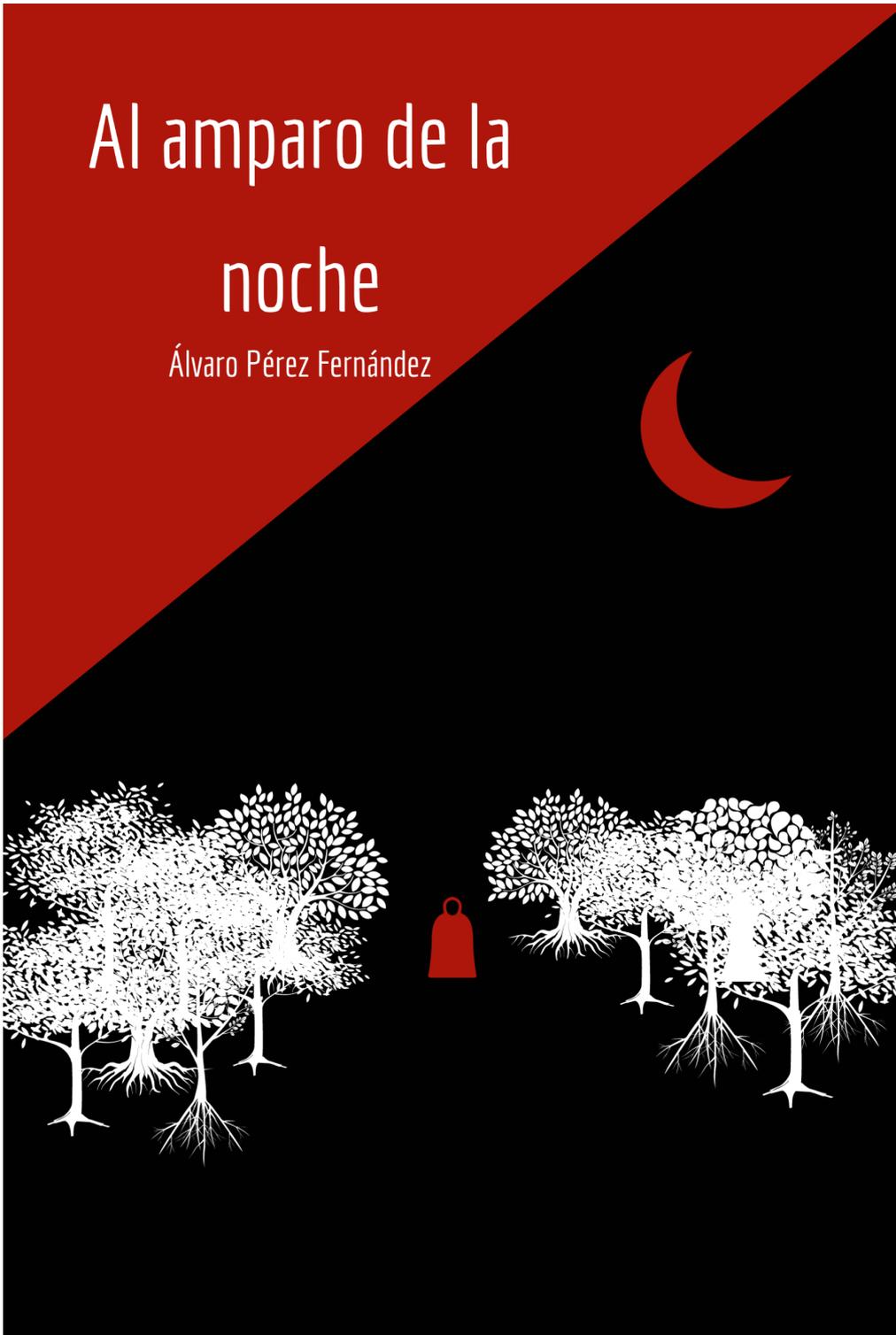


# Al amparo de la noche

Álvaro Pérez Fernández

# Al amparo de la noche

Álvaro Pérez Fernández



## Capítulo 1

Caminaba al amparo de la noche, escoltado por frondosos árboles, atravesando un inhóspito sendero. Embobado observando las centelleantes estrellas, embriagado por el trago al que un extraño personaje me hubo invitado en mi último descanso. El viento mecía las ramas de los árboles, que se movían como gigantes reverenciándome a mi paso.

Un leve murmullo se adueñó del silencio de la noche. Rítmico pero lejano. Anunciaba la llegada de cientos de presencias. El miedo me asaltó, pues sus formas me eran irreconocibles y se movían como levitando, abalanzándose sobre mí como una jauría de lobos sobre su presa. Cuando me alcanzaron, la oscuridad me engulló por unos instantes, y al recuperar la visión los pude ver claramente: seres infernales, muertos de épocas pasadas y presentes. Hombres, mujeres y niños de ojos exánimes y piel blanquecina, que habían abandonado sus tumbas para encontrarse conmigo. Y con la vista recuperé también el oído, y el murmullo se transformó en el rítmico sonido de unos tambores.

Entonces miré alrededor. Ya no había árboles, sino grandes columnas que se prolongaban hasta dar la sensación de sujetar el mismo cielo, y de ellas colgaban antorchas prendidas con unas llamas rojas como la sangre, pero que no crepitaban, como si el tiempo en aquel lugar no fuese capaz de fluir. Seguí mirando y me descubrí a mí mismo, una imagen de mi propio espíritu que me miraba burlona, concededora de todo cuanto estaba a punto de ocurrirme. Un gesto de sus ojos me invitó a volver mi mirada en otra dirección, y acto seguido se elevó en el aire para observar el espectáculo desde las alturas.

Me giré hacia donde me había sugerido mi propio ser, y encontré que todos los muertos se habían agrupado alrededor de una nueva presencia. Una figura vestida con un manto negro, más alta que cualquier hombre que haya andado por la tierra y más noble que cualquier rey que haya reinado jamás. Solemne en su propia frialdad. Categórica en su propia existencia.

Tendió su mano hacia mí, invitándome a unirme a su diabólico ritual. Los tambores sonaron con más fuerza. Un fuego fatuo se extendió por el suelo, incandescente y cálido, pero que no quemaba. Entonces los muertos comenzaron a contorsionarse, entregándose a una primaria danza guiada por el ritmo de los tambores. El calor del fuego me subió por los pies, apoderándose de cada centímetro de mí hasta que toda partícula de mi cuerpo estuvo a su merced. El ritmo de los tambores se me tornó entonces irresistible, y yo también me uní al baile de los muertos.

Mi espíritu comenzó a reírse a carcajadas desde las alturas. La silueta en el manto oscuro sonreía complacida. Mis pies abandonaron el suelo y me lancé sin control alguno hacia el cielo estrellado, barrera infranqueable del mundo conocido. Desconocedor de si seguía vivo o acababa de morir, me embarqué en un incoherente viaje por la vastedad de la existencia.

Sumergido en una abisal oscuridad, caminé junto a las centelleantes estrellas, redondas y pulidas como perlas. Tocarlas era como acariciar la misma esencia de la perfección. Entonces irrumpí en una jungla de nubes y luces, agitada por una cegadora lluvia astral bajo la atenta mirada de divinos ojos cósmicos.

Ríos de rocas fluían de forma ordenada. Lagos de fuego brotaban de yermos parajes. En la lejanía, un polvo dorado se agitaba dando lugar a inimaginables figuras. Caminé por el suelo invisible de un privilegiado escenario cuyo horizonte estaba colmado por fulgurantes puntos. Innumerables señales plateadas que daban testimonio de la inmensidad del universo.

Un tirón me transportó a un nuevo lugar, enfrente de una gigantesca esfera azul. Apenas tuve unos momentos para observarla en toda su magnitud, pues aquella esfera me atraía hacia sí con un poder que yo no podía resistir. Me noté caer, y conforme caía, el tamaño de la esfera se hacía más grande. Descubrí que el azul se debía al agua de los mares, y que también estaba el verde de los bosques y el marrón de tierras y montañas.

Mi cuerpo se movió solo, dirigido por una caprichosa mano hacia un punto muy concreto de aquel paisaje. El impacto contra el suelo fue duro y me sumergió de nuevo en la oscuridad, y cuando abrí los ojos, había vuelto al inhóspito sendero rodeado de árboles. Incapaz de comprender qué había sucedido, dónde estaban los seres infernales que me habían asaltado y por qué la figura del manto me había dejado ir.

Y no volví a bailar hasta el día en que mis ojos se cerraron para siempre, y la figura del manto negro me invitó a acompañarla una vez más.